



ACTO PRIMERO

Representase en la escena el interior de una vivienda de pastores, casi una cabaña, en lo quieto de un pueblito de montaña. Dicho pueblito, al que la dificultad de los caminos y la desidia y pereza de sus habitantes cierra toda comunicación con el resto del mundo, toma de las ruinas de una Cartuja próxima el nombre de Fuencerrada. Nunca forastero ninguno ha puesto la planta en aquel pueblo. El rincón donde se ha establecido el Cementerio no tiene que enterrar á quien no ha visto nacer. En la vivienda que se representa en el escenario hay una gran puerta en el fondo, comunicando con el exterior. Dicha gran puerta es un poco lateral, hacia la izquierda. Al lado mismo de la puerta, también en la pared del fondo, una mesa de castaño, viejísima. Sobre es-

ta mesa, una ventana alta, que estará abierta siempre. Formando rincón con la pared del fondo y la lateral derecha, el horno, donde cuece el pan. A seguida del horno, en la pared lateral de la derecha, la cocina, de hogar y campana. Luego una puerta que conduce á un recuarstejo interior.

En la pared de la izquierda, una escalera, que está al descubierto, comunica con el granero de la cabaña, donde hay grandes haces de hierba, puesta á secar. En el hogar, chisporrotea el fuego. En la mesa del fondo, Rebeca, hecha ya la masa, la corta y divide, para colocarla en el horno.

Afuera nieve copiosamente. Luz de un crepúsculo de Diciembre.

ESCENA PRIMERA

(A los pocos momentos de levantarse el telón, asoma, por la puerta del fondo, Rita, que viene con grandes almadreñas de punta retorcida, protegiendo su calzado burdo de esparto. Trae, sobre la cabeza y hombros, una toca de paño pardo, formando punta de caperuza. Las telas de su traje son pobres y de colores un poco chillones. Viene con la cara encendida como una manzana por efecto del gran frío ambiente.)

Trae, sobre la caperuza y los repliegues de las mangas, pequeños grumos de la nieve que está cayendo. Al entrar, deja sus almadreñas contra la pared para que chorreen. Se quita la caperuza, sacude

la nieve, estremece todo su cuerpo con el mismo objeto, y, por último, cuelga su caperuza en el banco del hogar para que se seque bien. Ella, que al principio ronda por el cuartucho y examina la labor de Rebeca, acaba sentándose también al lado del hogar, cuando lo indica el diálogo.

RITA (asomando la cabeza por la puerta.)

¿Sola, Rebeca?

REBECA (mirándola.)

Sola.

(Rita se quita las almadreñas.)

¿Hace frío?

RITA (sacudiendo la nieve de la caperuza.)

Mucho.

REBECA

¿Sigue nevando?

RITA (colgando la caperuza en el banco del hogar.)

Sigue nevando.

REBECA

Tarda hoy mi padre.

RITA

Y tardará todavía... Yo sé dónde está.

REBECA (con un poco de desdén.)

¿Lo vas á saber tú!

RITA

¿Lo sé!

REBECA

En eso piensa mi padre... en

darte cuenta á ti de lo que hace... para que lo sepas bien.

RITA

Pero, aunque tu padre no lo diga, puedo yo saberlo, tonta. Como, en casa, mi padre, tiene taberna, se habla allí de todo, y yo me entero...

REBECA

¡Valiente cosa!... Saber lo de afuera de casa, que no importa...

RITA

Al atardecer salió de aquí tu padre.

REBECA

No: á las cuatro... y salió armado, diciendo que iba á cazar y que pronto volvería, porque, con este tiempo, conocía la madriguera y estaba seguro de encontrar la bestia allí.

RITA

¡Qué inocentona estás, cordera!... Pero tú no sabes ni cuál es la madriguera ni á qué caza iba tu padre...

REBECA

No lo sé.

RITA

Pues yo sí... Porque salió de inteligencia con el mío, y Alejo, el que me pretende, iba también, y

Zoilo el de la Chorca y Bruno, con su barba roja, que parece un chivo...

REBECA

¿Y adónde iban tantos?

RITA

A ver si dan con el Rojo, que hace días que le busca el Zoilo y no puede dar con él; como la otra noche le disparó de lejos, todos dicen que debió ponerse en guardia, y el taimado se esconde.

REBECA

¿Quieren hacerle mal?

RITA

¡Y aunque le mataran! ¡Mira que meterse en amores con la Chorca!

REBECA

¡Ah! ¡Ahí te escuece á ti!...

RITA

¿Yo? Bastante me tengo con Alejo. A mí nadie me ha visto hablar con el Rojo... como á ti.

REBECA (entre dientes.)

¡Mala bicha! (Alto.) ¿Quieres ver el horno, Rita? Me parece á mí que está ya á punto.

RITA (se levanta y abre el horno.)

No está bien caliente todavía... pero se apagó la leña... yo apro-

vecharía este calor para cocer ahora la primera hornada y añadiría después leña.

REBECA

Voy á hacerlo.

(Limpia el horno y va introduciendo en él algunos panes.)

ESCENA II

(Entran sacudiéndose la nieve *Elías, Bruno y Zoilo.*)

ELÍAS (con cierto aire patriarcal.)

¡Ave María...! y buenas noches, hija, con la compañía.

REBECA

Buenas noches, padre... estaba ya con ansia...

(Le descuelga del hombro el viejo escopetón montañés.)

ELÍAS

Pon tiento, muchacha, que la vuelvo con toda la carga...

REBECA

¿No ha tirado, padre?

ELÍAS

No.

REBECA (besándole la mano.)

Me alegro. ¿Querrá cenar?

(*Rebeca cuelga el escopetón y prepara la cena.*)

ELÍAS

Si está, en seguida... vengo rendido.

RITA

Y mi padre, ¿saben si ha vuelto?

ELÍAS

Fué á tu casa con Alejo, creyendo encontrarte allí.

RITA

Yo les esperaba aquí, pensando que volverían juntos.

ELÍAS

Hasta la plaza vinimos juntos... pero en la plaza echó para su casa, porque Alejo tenía ganas de verte.

RITA

¡Pobre Alejo!... Me voy allí, antes que se me eche la noche encima.

REBECA

¿Quieres que te acompañe?

RITA

Quita allá... ¿Vas á cansarte por mí ahora? Me da pena...

REBECA

¡Tonta!; no he salido de casa en todo el día, y me hará bien: espérame, acabo de preparar la cena á mi padre y salimos juntas;

por lo menos te acompaño hasta la plaza. Bruno, Zoilo, ¿beberéis un trago?

BRUNO (meloso.)

Si tú lo abocas...

ZOILO

¡Sangre bebería yo... mala peste!

REBECA (acabando de disponerlo todo en un canto de la mesa.)

¡Ea, ya está la cena, padre! ¡y que aproveche!... Vosotros, ahí tenéis el vino y aquí el vaso.

(Les da un vaso á cada uno.)

BRUNO

Gracias, cordera.

(Zoilo murmura algo entre dientes.)

REBECA (dándole á Rita su caperuza.)

Tú, toma.

RITA (colocándosela.)

Gracias.

REBECA

(Mientras se pone la suya y las almadrenas, que toma también del banco próximo al hogar.)

Y ¡vámonos!

ELÍAS (con acento especial.)

No tardes hoy, hija.

REBECA

No tardaré.

RITA

Buenas noches á todos... y buen provecho.

(Rita y Rebeca se dan el brazo.)

BRUNO (que las esperaba en la puerta dice á Rebeca.)

¡No tardes, que sin ti hace frío en esta choza!

REBECA (con soltura.)

Te ahorras el encargo, Bruno, y en paz. Nunca tardo yo cuando me espera mi padre.

(Salen las dos.)

ESCENA III

(Bruno apura el vaso y se queda mirándolas en el marco de la puerta. Zoilo está enfurruñado, con la escopeta entre las piernas, en el banco de junto al hogar. Elías come, en silencio.)

BRUNO (entrando en la choza otra vez.)

¡Lástima de manzanica, tío Elías, que se va á pudrir en estas pajas!

ELÍAS

No le darán tiempo de pudrirse, Bruno; no te apures...

BRUNO

Si ella quisiera escucharme, no me apuraría.

ELÍAS

De otros que no fueran tú lo sentiría más... ¡Tengo un ahogo!

BRUNO

¿De qué, tío Elías?

ELÍAS

¿Es verdad que viste hablando al Rojo... y á Rebeca? ¡Mira que lo que le pasa á Zoilo! ¡Pobre Zoilo!

ZOILO

¡Mala peste!... Tío Elías, no hable de mí, déjeme, muérame solo, ¡mala peste!

ELÍAS

Si es por afecto, hijo; si es por compasión y por cariño esto que digo... Vamos á ver ahora, que estamos en calma, que no hay nadie... cuéntanos... ¿Cómo paso la cosa?... ¿Estás seguro? —¿No te engañan? ¡Mira que ardo en deseos de hacer justicia!

ZOILO

¿Engañarme?... ¡mala contra! ¡buena es esa!... ¿Y para qué engañarme? ¿no tengo ojos yo? ¿no se ve á las claras la vergüenza?

ELÍAS

Pero, entendámonos... ¿Te ha

dicho ella algo? ¿No sospechas tú de nadie?

BRUNO

Tío Elías..., ¡mire que tiene usted cosas cuando empieza!... ¿De quién quiere usted que Zoilo sospeche? ¿No somos todos amigos suyos? Además, la Chorca calla: además, lo vi yo; lo vió mi madre; lo vieron los que la encontraron con la cabeza herida en el camino, cerca de mi casa, precisamente el día en que vino á verme el Rojo.

ZOILO

¡Mala peste! Tío Elías, ¡y no encontrarle hoy, que llevaba la escopeta cargada hasta la boca!

ELÍAS

¿No creéis que tarda mi hija?

BRUNO

¡Válgame Dios, tío Elías, si ese hombre no sale del pueblo, se acabó el sosiego para todos!... Tarda ya Rebeca.

(Se levanta y va á observar desde la puerta el camino, ya completamente oscuro.)

ZOILO (dando con la escopeta un golpe en el suelo.)

¡Mala peste!

ELÍAS

No te apures, Zoilo; en el interés de todos está el vengarte.—To-

dos te ayudaremos.—Cada vez que veo á mi hija cruzar de una parte á otra de la casa, alegre y bien oliente, como un cesto de frutas, y pienso que él le ha hablado... y pienso en la Chorca... y en que á Zoilo se la han robado de ese modo... ¡me entra una congoja!

ZOILO

Yo, si no damos con quien tiene la culpa...

BRUNO

Mañana, en anocheciendo, salimos otra vez.

ZOILO

...si no damos con él... ¡la mato á ella!... ¡perra! ¡Cuando yo la quiero como un bruto!... ¡Mala peste!

BRUNO

¿Quiere usted tener á su hija bien segura, tío Elías?... Démela usted á mí... Yo la defenderé.

ELÍAS

Si ella te quiere... otros me dolerían más...

BRUNO

Está usted bueno... tío Elías... Ya lo sabemos, ya... usted quiere casarla con Fermín, el de las vacas, porque es rico... ¡Miren el viejo!

ELÍAS

Si ella te quisiera á ti y no quisiera á Fermín, yo no la obligaría.

BRUNO

¡Pero si á Fermín no le quiere!

ELÍAS

¡Ni á ti tampoco! ¡contra!... como dice Zoilo.

BRUNO

Es verdad. (Aparte.) ¡Y ha de quererme!

ESCENA IV

REBECA (entrando.)

Buenas noches á todos. Hace más frío que nunca. (Se quita las almadreras y la caperuza. Se sacude la nieve.) Y nieve que es un gusto.

ELÍAS

¿No has encontrado á nadie por el camino, hija?

REBECA

A nadie. No está la noche para paseos, padre.

ELÍAS

Además, es tarde ya.

BRUNO

¿Qué hacemos, Zoilo? ¿en tu casa?

32865

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA ULES
"ALFONSO"
1986 MONTERREY, MEX.

ZOILO (exabrupto.)

¡Adonde quiero voy! ¡Peste de Bruno! ¡Hace dos días que no me deja! ¡A comer conmigo y al campo conmigo y á casa conmigo!... ¡contra!... Estoy cansado, ¿sabes?... No soy un perro rabioso para que tengas que llevarme con cadena... sufro y nada más... ¡recontra!... Y quiero estar solo... ya está dicho y quiero morderme los puños, sin que nadie me los quite de la boca..., se acabó ¡mala peste! ¡Allá va Zoilo! ¡Acompañad á Zoilo!... ¡mala contra! ¡Si Zoilo no necesita á nadie, para nada! ¡Dejadme!

(Sale descompuesto.)

REBECA

¡Pobre mozo!

ELÍAS

¡Perderá la cabeza!

BRUNO

Y ¡cómo se pone! ¡como si los demás tuviéramos la culpa de lo que le pasa!

REBECA (con cierta malicia.)

Al cabo... ¡quién sabe!

BRUNO

Me marchó, tío Elías; voy tras

él, ese bruto es ahora capaz de cualquier cosa.

ELÍAS

¡Ve con él, Bruno, ve con él y hasta mañana!

BRUNO

Hasta mañana, Rebeca.

REBECA (abriendo el horno para mirar el pan.)

¡Adiós, Bruno!

(Sale Bruno.)

ESCENA V

Rebeca y Elías.

ELÍAS (cerrando y atrancando la puerta.)

¡Hija mía, hija mía! ¡cada vez más desgracias en el pueblo! ¡Mira que ese pobre mozo! ¡Malditos de Dios estamos!

REBECA

Lo que veo, padre, es que aquí que vivimos bien y como manda Dios, no llegan las desgracias... no pueden llegar...

ELÍAS (cerrando la puerta del fondo.)

¡Hija mía!... ¿qué sabes tú de eso? ¡Tengo un ahogo!

REBECA

¿Por qué, padre? ¿Le he faltado

en algo? ¿Alguna cosa que debía hacer no la he hecho? ¿Habré hecho algo que no debía? ¿Por qué está usted con angustia?

ELÍAS (le toma en sus brazos la cabeza, ella se inclina á sus pies: él está sentado en un banco de roble viejo.)

¡Qué se yo, hija!

REBECA

Cerradas tengo las puertas del alma y he puesto laurel bendito en el cerrojo.

ELÍAS

Cierra también tus oídos y que las malas palabras se hielan afuera de ellos sin hallar cobijo.

REBECA

Lo haré, padre.

ELÍAS

Cierra tus ojos dulces, corza de oro, y que las miradas tropiecen con ellos sin entrarles, como las piedras en los lagos de montaña cuando los cuaja el invierno.

REBECA

Lo haré, padre.

ELÍAS

Cierra tus manitas buenas y hacendosas dando á los dedos tres vueltas con rosarios; cierra en tu pecho el respiro, que no lo me-

rece el mundo; cierra bien el pensamiento en el cestito de mimbras blancos de tu frente, mira que hay cazadores furtivos en acecho y á las alondras que vuelan, con nada las engañan y sin pena las destrozan; ciérrate en casa, paloma, que te falta la sombra de tu madre, y tu padre es viejo y no entiende de guardar corderas blancas... ¡Torpe de mí, yo ducho en matar lobos, tiemblo de que me robe un hombre la alegría y la gloria de mis canas!

REBECA

Padre, eche afuera esos miedos que me dañan: deje de ver visiones que le turban: aquí está mi frente, aquí mis ojos y toda mi alma en ellos; mire si no es más clara que el agua de los ríos: mire aquí su paz asegurada y su vejez sin penas. Dios me ayude, padre, y siempre será así.

ELÍAS

Hija mía ¡Dios te bendiga! que razón te sobra... No hay en tus ojos más que luz y calma como en un cielo de Enero... (Besándola después de levantarse los dos.) ¡Qué sea siempre así!

REBECA

Siempre, padre...

ELÍAS (coge su escopeta para llevársela á su cuarto.)

¿Estará ya el pan?

REBECA

La primera hornada, padre... Se me apagó la leña y tendré que cocer en dos veces.

ELÍAS

Pues ¿qué harás?

REBECA

Retiro ahora la primera hornada: vuelvo á cargar el horno, y mañana, al despertarme, lo encuentro otra vez caliente y pongo á cocer la segunda hornada.

ELÍAS (yendo hacia su cuarto, después de encender un candil.)

De todos modos, recógete pronto. Lo mejor sería no volver á cargar el horno, y cuando necesitáramos más pan, volverías á hacerlo.

REBECA

Es lástima, padre. Perderíamos la mitad de la masa.

ELÍAS

Como quieras, pues; pero recógete pronto. ¿Cerré bien la puerta?

REBECA (yendo á cerciorarse.)

Está bien cerrada, padre... Pero no sea usted así... No es esa la puerta que ha de defenderme. No viene el mal de allí. (Señalando la puerta.) Sale de aquí. (Señalando el corazón.) Vaya usted tranquilo.

ELÍAS (sonríe.)

Buenas noches, hija.

REBECA (besándole.)

¡Que usted descanse, padre!

(El viejo *Elias* entra en el recuarto lateral de la derecha. Queda *Rebeca* sola en escena: afuera silba el viento, haciendo crujir la enorme puerta. *Rebeca* tiene un momento de miedo: se acerca á la puerta; se cerciora de que está cerrada, luego, frente á una estampa que hay en un rincón, se santigua y dice:)¡Madre de Dios, madre mía,
de noche como de día
óyeme lo que te digo:
librame del enemigo!

(Confortada, va al horno. Lo abre y va sacando los panes recién cocidos. Les sopla la ceniza: los huele con fruición y parece satisfecha de su obra. Deja los panes en un canto de la mesa. Carga el horno de leña y le prende fuego: el vivo resplandor inunda la escena.)

ESCENA VI

(Por la ventanuca aparece la cabeza del Rojo: el resplandor del horno la hace endiabladamente rojiza.)

ROJO

¡Muchacha!... ¡Hermana!

REBECA (con sobresalto.)

¿Qué hay? ¿Quién llama?

ROJO

¡Hermana!

REBECA

¿Qué quiere?... ¿Quién me llama? (Mira en lo alto, reconociéndole instintivamente.) ¡El Rojo!

ROJO

¡También tú!... Sin embargo, en el pueblo hablan mal de ti todas las mozas... Había esperado que me tendrías compasión.

REBECA

¿Compasión?...

ROJO

No por mí; no voy solo: me acompaña mi madre; no sé por qué nos persiguen; el otro día me hirieron en el brazo; esta tarde han venido con armas y gritos á cazarnos... Mi madre es vieja; he

estado á punto de perderla. ¡Bárbaros!

REBECA

¡No grites!

ROJO

No han podido dar con nosotros, vamos huyendo; pero mi madre está rendida. Además nieva y hace viento. Vengo á pedirte que la dejes entrar y reposar; ¡un poco de fuego y un poco de pan!

REBECA

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¿Qué hago?

ROJO (hablando á alguien que está afuera.)

Parece dudar, madre.

REBECA

¿Qué dices?

ROJO

Es que mi madre llora, y yo le digo que tenga esperanza, que tú pareces buena.

REBECA

¿Qué pide tu madre?

ROJO

Un poco de fuego y un poco de pan...

REBECA

De las dos cosas tengo; que entre á por ello. Obligación mía es dároslo.

(*Rebeca se pone á escuchar en la puerta de su padre. Asegurada de que duerme corre á la puerta, descuelga la barra y entreabre la hoja. Nadie entra.*)

REBECA

Entrad... ¿Qué hacéis?... ¿Dónde estáis? (Asoma la cabeza al exterior.) ¡Oh, la pobre viejecita no puede andar! ¡Esperadme! ¡Esperad! Voy á ayudarla.

(Sale.)

ESCENA VII

(Breves momentos de silencio. Al poco tiempo la puerta entornada se va entreabriendo lentamente, hasta dar paso al grupo que forman los tres. La viejecita *Bibiana* avanza trabajosamente con un brazo apoyado en la espalda del *Rojo* y el otro en la de *Rebeca*. Esta, además, la pasa la mano por la cintura.)

REBECA

Un pasito más... esto no es nada... la debilidad y el frío... ¡Verá usted qué bien se pone aquí!...

ROJO

¡Sí, madre, sí; verá que bien se pone. (A *Rebeca*.) Gracias, gracias.

REBECA

¡Bueno! Ya estamos... ¿No ve usted cómo se anima toda? Estos dos pasos últimos los dió sin apoyarse.

(*La ayuda á sentarse en el banco junto al hogar.*)

BIBIANA

¡Gracias, hija mía!

REBECA

Y ahora ayúdame tú. Avivaremos el fuego con un poco más de leña (*Lo hacen*.) ¿Tenéis que andar mucho todavía?

ROJO

Mucho...

REBECA

¿Por qué os marcháis del pueblo?

ROJO

Ya lo ves... nos echan.

REBECA

Tenáis vuestra casa aquí, ¿verdad?

ROJO

(*Mientras su madre se encoge de hombros y mira al cielo con melancolía.*)

No le hables de eso á mi madre: sufre.

REBECA (seducida por el cariño y el dolor del grupo.)

Vieja madre: ¿se anima usted un poco?

BIBIANA

Estoy muy bien: gracias, hija. ¿Volvemos á andar, hijo?

ROJO

Todavía no, madre; descanse más; aquí estamos seguros.

REBECA (escuchando inconscientemente en la puerta de su padre.)

Sí; aquí debéis estar seguros.

ROJO

Tengo sed: el aire y la angustia me han secado la garganta.

REBECA (dándole un vaso.)

Bebe: quiero dar á tu madre del pan que yo he cocido.

ROJO

Lo humedeceremos con el vino; la pobre está débil: no tendría fuerzas para morderlo.

REBECA

El pan está tierno y caliente: lo saco ahora del horno; después be-

berá: tengo allí un vino rancio para enfermos.

ROJO

Como quieras...

BIBIANA (con sobresalto.)

¿Qué decís?... ¿Qué pasa?

REBECA (cortando el pan.)

Nada, vieja madre; comerá usted un poco de pan y beberá de un vino rico: necesita cobrar fuerzas...

BIBIANA

Un poco de pan nada más...

REBECA

Y vino: el pan está caliente, se haría daño; yo lo sé.

BIBIANA

Dios te lo pague.

REBECA (dándole el pan.)

Espéreme.

BIBIANA (con sobresalto otra vez.)

¿Te vas? No quiero vino; quédate.

REBECA

No me marchó, madre, está aquí mismo.

(Señalando al recuaratejo superior.)

ROJO

Yo iré á buscarlo si quieres...

REBECA

No lo encontrarías; voy yo misma; (Vuelve á escuchar en el cuarto de su padre.) esperadme un momento; no hagáis ruido.

(*Rebeca se dirige á la escalera adosada á la pared. El Rojo la sigue un poco y quiere afianzar por sí mismo la escalera para que ella suba. Luego se queda al lado de ella con los brazos dispuestos á auxiliarla si vacilara y cayera. Cuando Rebeca llega á lo alto del cuarto se vuelve y le da las gracias sonriendo. El Rojo sonríe también y se queda quieto, con los ojos clavados en la oscuridad, por donde acaba de desaparecer la dulce muchachuela. La viejecita vuelve á sobresaltarse, creyéndose sola.*)

BIBIANA

¿Dónde estás, hijo?

(El Rojo, encantado, no oye.)

BIBIANA

¿Dónde estás, hijo? ¡Me han dejado sola! ¡¡Hijo!! ¡¡Pedro!!

ROJO (acudiendo á su madre con rapidez y tapándole la boca con cariño.)

Madre, por Dios, no grite. Estamos solos.

BIBIANA

¡Pero tú estás conmigo!

ROJO (acariciándola.)

Sí, madre, sí; siempre con usted, pobrecita; pero no grite: nos ha dicho Rebeca que no hiciéramos ruido.

BIBIANA

Pero...

ROJO

Calle, madrecita, calle; estamos solos.

ESCENA VIII

(Repentinamente se abre la puerta y aparece en ella el viejo *Elias*, arrastrando su viejo escopetón.)

ELÍAS

¿Quién grita? (Viendo al Rojo con horror y reto al mismo tiempo.) ¿Qué haces tú aquí?

(En el momento en que va á abalanzarse sobre él, como un viejo león, aparece *Rebeca*, y empieza á descender la escalera.)

REBECA (comprendiendo la escena.)

¡Padre!

ELÍAS (corriendo á ella.)

¡Hija mía!

(Llega á ella y la abraza defendiéndola. La Viejecita se ha levantado también y está agarrada á su hijo. Los dos grupos frente á frente.)

ELÍAS

Ah, cachorro del diablo, viborino desalmado, ¿la codicias también? ¿Sube hasta tus narices de chivo su olor de fruta fresca? ¿Te aprovechas del sueño del padre para babear el rostro de la hija?... Pero, mira: viejo y todo, mis puños son todavía fuertes como una peña, y habrás de descuartizarme antes si la quieres, que es mi yedra y yo fuerte como el tronco de los robles viejos.

REBECA

Padre, padre mío: ¿por qué dice estas cosas?

ROJO

Entré de limosna en esta casa y mi alma no abriga malas intenciones. Pero si usted, tío Elías, piensa lo contrario, déjeme; no quiero estorbarlo... sólo que tendré que salir despacio... porque mi madre está enferma, apenas puede andar... Madre mía, vamos.

BIBIANA

Vamos, hijo, ayúdame.

ELÍAS

¡Hipócrita; falso tú y la bruja que te acompaña!

ROJO (con un salto de tigre.)

¡Tío Elías!... Rebeca, Rebeca, por Dios, dile que se calle... Madre mía, vamos...

ELÍAS

¡Ah, eres tú el que ha de mandar á mi hija! ¿Y le obedeces tú y me tapas la boca? ¡Suelta!...

(De un empujón se deshace de su hija.)

REBECA

¡Padre mío!... ¡Un poco de caridad!

ELÍAS (al Rojo.)

¡Pronto, márchate!...

(Cuando llegan al borde de la puerta se vuelve la Viejecita, y dice:)

BIBIANA

¡Hija mía, gracias; ahora ando mejor!

ELÍAS

¡Fuera!...

(El Rojo se vuelve á decir adiós á Rebeca.)

ELÍAS

¡No mires!

REBECA

¿Por qué, padre?

ELÍAS

¿Qué te dije yo? ¡Qué no abrieras esa puerta! ¡Yo lo presentaría esto!

REBECA

Pero ¿qué mal hay en ello, padre? La viejecita se moría; yo corrí á auxiliarla...

ELÍAS

¡Ah! Pero él es el Rojo: ¿tú qué sabes? Venía á por ti; quería robarte; hacerte suya; sacarte de casa para él, como sacó á la Chorca.

REBECA (casi sollozando.)

¡Mentira!

ELÍAS

¡Eh, qué dices, que miento yo, que miente tu padre, para defenderle á él!... ¡Oh, mi hija, mi hija!

REBECA

Padre mío: si es que no sé lo que me digo; si es que no sé lo que me pasa...; si es que sufro mucho... ¿Por qué lo ha echado usted de este modo? Si él ya se marchaba; ¡si no volverá más, padre mío, si no volverá más!

(Se sienta junto á la mesa y esconde la cara entre las manos.)

ELÍAS

¡Oh!

(Sale á la puerta y amenaza al vacío con el puño cerrado. Luego se vuelve, ve sollozar á su hija, y con el mismo puño se enjuga los ojos llenos de lágrimas.)

TELÓN